

# Muerto el perro

ladybird12 (Teresa Fernández-Barbón Fernández)

Image not found.

## Capítulo 1

Lo enterraron un martes y respiró, después de haber sufrido su acoso implacable durante un año. El precio se saldó con noches infinitas plagadas de pesadillas y espacios de insomnio, que terminaron con su trabajo y su vida social. Hoy se cumplía un mes que su verdugo estaba en la cárcel; al encender el televisor escuchó la noticia de que había sido encontrado ahorcado en su celda. Qué curioso, pensó con un sentimiento de vacío, que una persona sin empatía y sin respeto por la libertad del vecino, fuese incapaz de soportar siquiera un mes de encierro.

-¿Quién va a sentir un asomo de simpatía ahora, so desgraciado? preguntó en alto, mientras sorbía sin ganas su café. Hasta muerto le había estropeado el desayuno, su comida preferida del día. Asqueada, apagó el televisor y se dirigió al cuarto de baño para iniciar su arreglo, pero la sensación de mal cuerpo, no se apartó de ella en todo el día. Esa noche volvieron las pesadillas.

Al día siguiente alguien contó a la hora del café, que una hermana de su torturador había reclamado el cadáver para enterrarlo en un cementerio privado de la ciudad. Los demás contertulios sisearon señalando hacia donde estaba sentada con otras compañeras. Ella se tomó unos minutos para controlar la rabia que iba creciendo por dentro, igual que una bola de nieve ¿Cómo era posible? Hasta después de muerto aquel ca... la había marcado. Cuando recuperó la calma, se limitó a sonreír y a encongerse de hombros. Después se envolvió en un velo imaginario y trató de seguir el hilo de la conversación como si no pasase nada. Una de su compañeras de mesa preguntó.

-¿Quieres que salgamos?

-Ni hablar, esto es una marea. Cuando lo entierren. Ya pasará. Muerto el perro, acabó la rabia.

Dos semanas después un empleado del cementerio la otra línea, encontró grabada sobre el mármol del nicho que correspondía a Emiliano Álvarez Cercas, la palabra "Acosador". Sin dudarlo el trabajador se dirigió a las oficinas para dar parte los jefes de la profanación. Si esto trascendía el negocio podría notarlo...Mientras Nicanor Menéndez, director del complejo llamaba a unos marmoleros para que cambiasen la lápida, ella se subía al avión rumbo a su destino de trabajo. Hacía tiempo que ya le venía dando vueltas a la posibilidad de irse fuera del país. Cuando sus superiores le propusieron ocupar un puesto en Roma no se lo pensó dos veces, aceptó. Ahora el avión se deslizaba por la pista para iniciar el despegue hacia el Fiumicino, Ella cerró los ojos. El momento del despegue era lo mejor del

viaje. No había sido difícil escribir aquella palabra. Le bastó con entrar en el recinto con ropas oscuras, gafas de sol; con un ramo de violetas en la mano, para pasar desapercibida. El lugar era grande, como un hangar de tumbas. Aquella imagen la hizo sentir un escalofrío, pero no la disuadió de su propósito. Buscó entre los nichos hasta que lo encontró, al fondo de uno de los últimos pasillos. Una aséptica lápida negra con los datos identificativos del difunto, pero sin nada que lo vinculase con la vida. Al parecer su familia, después de haber cumplido con los últimos deberes para con él, dejándole en aquel lugar para impedir la profanación de su sepulcro, había decidido apartarlo de su memoria. La sonrisa de ella se torció al recordar cómo después de depositar el ramo en un florero adosado al nicho, sacó un buril de su bolso y escribió aquellas palabras que la liberaron de su miedo y de la ira. Nadie le preguntó al entrar, nadie le preguntó al salir. Seguro que la habían confundido con alguna viuda doliente o una hija devota. Daba igual. Ya había cerrado un círculo. En la Ciudad Eterna le esperaba una nueva vida.